

JUNTA MAYOR  
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES  
DE LA SEMANA SANTA  
DE LEÓN

PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2017

A cargo de

D.<sup>a</sup> MARÍA AURORA GARCÍA MARTÍN

Auditorio “Ciudad de León”  
León, 1 de Abril de 2017



LEÓN





**JUNTA MAYOR  
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES  
DE LA SEMANA SANTA  
DE LEÓN**

**PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2017**

A cargo de  
D.<sup>a</sup> MARÍA AURORA GARCÍA MARTÍN

Auditorio “Ciudad de León”  
León, 1 de Abril de 2017

*A Ricardo y Aurora, porque sin ellos no existiría.*

*A Jose, por existir.*

*A María y a David, por ser la razón de mi existir.*

*A los García, a los Laborda, a los Martín, y a los Ordás, porque un poquito de cada uno de ellos,  
existe dentro de mí.*

El Señor es mi pastor; nada me falta.  
En verdes praderas me hace descansar,  
a las aguas tranquilas me conduce,  
me da nuevas fuerzas  
y me lleva por caminos rectos  
haciendo honor a su nombre.  
Aunque pase por el más oscuro de los valles,  
no temeré peligro alguno,  
porque tú, Señor, estás conmigo;  
tu vara y tu bastón me inspiran confianza.

Inundan soplos de viento frío del norte las calles de la ciudad de María Santísima. Aún el aire huele a retama, lentisco y romero, aún esconden los muros ecos de campanilleros. El cielo azul purísima, claro como ninguno, parece que a lo lejos nos muestra los altos picos de mi León, aquellos que en mañanas claras se atisbaban desde los cristales infantiles de la ventana por la que transcurría mi existencia. Aún arrulla María al Rey de los cielos entre las paredes del Salvador, cuando San Lorenzo nos prepara para comenzar a vivir una hermosa y eterna cuaresma.

Al contemplar cómo lentamente nos deja el Rey Baltasar se derrama la nostalgia del niño inocente que habita en nuestras almas, metáfora de esta vida nuestra que de vez en cuando nos recuerda que siempre anhelamos aquellos que vemos alejarse, que siempre soñamos con la trasera de un Palio que por la cuesta nos separa y acerca al mismo tiempo a los brazos amados de una madre penitente.

Rozan mi rostro soplos de viento frío del norte y me recuerdan que el momento ansiado poco a poco se aboca. Acarician mi rostro soplos de viento frío del norte, viento seco tantas veces añorado, que transporta mi espíritu y desata evocadores recuerdos cargados de sentimientos, grabados a fuego en mi alma peregrina.

Con un soplo de viento frío del norte fluyen pensamientos, emociones, penas y alegrías. Rezuman presencia los que están lejos pero siempre están, los que se han ido pero nunca se irán.

Manan la lucha, el tesón, la ilusión, incluso la desesperación, tiempos pretéritos de los que hoy siguen siendo, aunque sean sin embargo tan distintos. Brota el recuerdo de los que me dieron la vida, de los que me enseñaron a amar mi tierra allá donde esté, de quienes me enseñaron a creer. Se filtra la pasión de aquellos con los que aprendí a sentir pasión por Su Pasión. Emanan lo que soy, lo que fui y lo que seré.

Con un soplo de viento frío del norte fluyen las musas que ayudan a los junta letras a crear con sus palabras ríos de emociones, reflejos de vidas vividas. Fluye el amor infinito hacia Jesucristo nuestro Señor. Fluye la fe que heredamos de nuestros mayores, la que debemos dejar en herencia a nuestros sucesores, esa fe que cada Semana Santa salimos a vociferar al mundo, esa fe que profesamos al Galileo, al carpintero que desde Nazaret fue conquistando corazones, al Pescador de hombres que enseñó al mundo el significado de la palabra Amor. Esa fe que profesamos por Aquel que fue capaz de sacrificar su vida, de padecer tormentos, torturas, vejaciones, insultos, latigazos, mofas y espinas. Esa fe que proclamamos al convertirnos en el sustento de sus pies descalzos. Esa fe que a los cuatro vientos pregonamos cada Domingo de Resurrección.

Un soplo de viento frío del norte me envolvió y trajo mi mente hasta León, llenando los folios blancos de palabras, de recuerdos de tiempos añorados. Un soplo de viento frío del norte me devolvió hasta aquí para gritar al mundo que aunque marché nunca me fui, pues soy y seré leonesa de cuna y corazón, soy y seré papona por devoción. Que aquí sembré lo más puro que guardaba en mis entrañas, el amor a María Santísima, corredentora de la humanidad. Que aunque vista túnica blanca y antifaz, aunque ciña mi cintura de esparto, una parte de mi alma portará siempre túnica negra de tablón, capillo verde esperanza de María y abrazará mi cintura aquel cingulo verde de mi madre que cada Jueves Santo sigue procesionando por las calles de León.

Llega pues la hora de proclamar la gloria, de abriros mis sentimientos, de entregarnos mi alma, de permitiros entrar en mis emociones, de intentar transmitir mi pasión, de contaros retazos de historias que os devuelvan en el espejo el reflejo de vuestros propios sentimientos.

Aquí os entrego mi corazón, mi alma y su alma, la de Ricardo y Aurora, la de aquellos que me hicieron ser como soy.

Se me viene así, súbitamente,  
un aliento a primavera detenida,  
se me viene Dios, en carne ardiente  
y mi infancia agazapada se hace vida.

Cruza una sombra navegando suelos,  
forma de hombre a solas, perfil moreno,  
deja estela de amor donde hubo anhelo  
y deja brisa de Dios, mi Nazareno.

Así tú y yo, corazones en bandada  
veremos, cuando la ciudad se asombre,  
cómo surge Tu amor a bocanadas  
María Santísima del Dulce Nombre.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la diócesis de León, D. Julián López Martín. Teniente de Alcalde de la ciudad de León, Sr. D. Fernando Salguero García. Dignísimas autoridades religiosas, civiles y militares presentes en este acto. Señor Presidente y Pleno de la Junta Mayor de la Semana Santa de León. Juntas de Gobierno de las Cofradías y Hermandades de nuestra ciudad. Leoneses, amigos, Papones de León.

Estamos preparados para celebrar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Llegan los tiempos de vivir glorias soñadas, de convertir las calles de nuestras ciudades en Evangelio, de pregonar al mundo el sentido de aquello en lo que creemos, de desglosar a golpe de horqueta la Fe que profesamos.

En apenas siete días los callejones del viejo Reino de León se inundarán de aromas a incienso y carbón, de sonidos evocadores de memorias adormecidas, de exornos florales imposibles de olvidar, de olor a cera derretida.

Hoy vengo a invitaros a salir prestos a sembrar las calles de devoción contenida como solo aquí sabemos hacerlo.

Antes de comenzar a desgranar este particular rosario de pasiones, quiero agradecer poder ocupar este atril al Excmo. Sr. Obispo, a la Junta Mayor de Semana Santa y sobre todo a aquellos que pusieron el alma en pos de este pregón, y de manera muy especial a quien lleva en sus venas vestigios de mi propia sangre, la de mi abuela Aurora Ordás, mujer de bandera donde las haya, y a tantos queridos amigos que me creyeron digna de glosar lo que no necesita glosa, pues en sí mismo es pura poesía que cautiva a propios y extraños, como bien dejase reflejado el ilustre poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer.

Gracias por vuestra presencia a todos los que aquí os encontráis, espero que mis palabras consigan, al menos una vez, tocaros el corazón, transportaros a alguna reminiscencia vivida que os haga emocionar.

Gracias a mi familia, pilar sobre el que se sustenta mi existencia, la pasada, la presente y la futura. A mis amigos, los de aquí que nunca fallan, los de allí, que sin reparar en kilómetros dijeron, sin duda, sí.

Y por supuesto gracias por acompañarme siempre a mis amigas y compañeras de fatigas y años de lucha en la Junta de María del Dulce Nombre, porque codo con codo hicimos que los sueños se convirtiesen en realidad, derribando obstáculos, superando prejuicios, saltando barreras con tesón, gracias a las que hoy estáis aquí, a las que se fueron, a las que nos miran desde el cielo.

A todos los presentes gracias, siempre gracias.

Este pregón contiene una dedicatoria muy especial para quienes me enseñaron cómo vivir, cómo sentir, cómo soñar, cómo creer, cómo amar, para mis padres, Ricardo y Aurora. Pero también este pregón es para Richi, Carlos y Javi, mis amigos que velan desde el cielo porque mis palabras no suenen temblorosas.

La Semana Santa de León, esa que es mucho más que una semana, esa que cobra vida cuando «La Morenica», junto a la que ya descansa D. Enrique, atraviesa el umbral de la puerta del Mercado, es ecléctica, particular, especial y diferente.

León siente La Pasión de forma regia, como los Reyes de un Reino tan poderoso como el nuestro, pero que vive oculto tras la alargada sombra de un olvido injusto. León guarda su Semana Santa con recelo y protección, la misma que por tantos siglos brindan los muros de San Isidoro al Santo Grial de Cristo Nuestro Señor.

León de limonada que «trasiega judíos», bacalao y escabeche, de queso en las noches de montaje en Santa Nonia con Lázaro de guardián, de desayunos, huevos fritos, hermandad y tradición.

León, Semana Santa de papones que al mundo gritan su devoción. Pero.... Joaquín, dime, ¿Tú sabes que es un Papón?

Ven, dame la mano, mira a través de mis ojos y yo te enseñaré el amplio significado de la palabra Papón.

Un Papón en León es un nazareno, un bracero, un penitente; es un acólito, un monaguillo; es un Abad, un Seise, un Maestre, un Hermano Mayor. Es un niño en brazos de su padre junto al Nazareno, es una niña que camina de la mano de su hermana tras los pasos de la Virgen de los verdes ojos, es una mujer que descalza alumbraba el lento caminar de la Virgen del Mercado. En fin, en León un Papón es todo.

Forastero, sí, tú, Alberto, ven, cambia tu costal por mi capillo y descubrirás cómo siente León su Pasión. Forastero, siente cómo las voces gregorianas de las Carbajalas cantan la Salve a la Piedad que entre los muros de su plaza habita. Forastero, ven, ponte mi capillo, nota sobre tus hombros el peso del Nazareno. Forastero, ven, ten el orgullo de llevarlo a paso lento por la calle Teatro a los sonos de la marcha más Dolorosa y contempla cómo siguen rumbando lágrimas de recuerdo tras los cristales de una esquina, observa como Vicente sigue esperando encontrarse con sus ojos tras la barra de su taberna.



Forastero, ven, huele, escucha, roza cómo vive León Su Pasión. Percibe cómo la Legio VII Gemina se inunda de aromas a incienso y flores frescas, vergel de tronos que alivian el sufrimiento de Jesús, El Señor. Escucha las cornetas, los tambores, las esquilas, los timbales. Las voces rotas de los hombres en el silencio de la noche, los cantos de mujer añeja que van suplicando buena muerte entre calles y plazas antiguas. La voz ronca que a los hermanos despierta protegida por las sombras de la noche más hermosa. Acaricia la mano que el niño alarga con ilusión mientras abraza su pequeña cruz.

Forastero, ven, mira cómo León se tiñe con los colores de su particular pasión. León es:

Azul baratillero para Jesús Sacramentado,  
adoración perpetua de Santo Obispo sevillano.

Rojo sacrificio, sangre de Cristo derramada  
para obtener la Redención ansiada.

Morado litúrgico de tiempos de Silencio.

Negro luto de antiguos disciplinantes del convento de Santo Domingo

IV siglos de Angustias y Jesús,  
negro luto de Minerva y su corona de realeza.

Marrón ferroviario de perdón.

Blanco y Rojo de Sagrada Cena,  
pan y vino sacramento divino.

Verde de Auroras boreales en cielos de cambio,  
destellos de esperanza, la que siempre tuvo María.

Azul Bienaventurado para el Sermón  
más hermoso jamás pronunciado.

Púrpura para Desenclavar  
a Cristo Crucificado.

Oro morado de su Agonía,  
plata de su Gran Poder.

Blanco sudario que cubre el cuerpo  
de Cristo en el Sepulcro sagrado.

Rojo terciopelo para expirar en la Cruz  
y consumir el misterio.

Morado y blanco de un obrero divino



*Carantina*

Que pone fin a la Pasión resucitando cada Domingo de Pascua  
en la Catedral donde todo es luz,  
rosa que se filtra disolviéndose en cristales  
Pulchra Leonina divina  
Espíritu que se eleva en la lontananza  
De nuestra eterna agonía.

## **TE ADORAMOS, CRISTO, Y TE BENDECIMOS, QUE POR TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

El tiempo y los años me han ido volviendo cada vez más «Rancia», como dicen por Sevilla. Aquí diríamos que cada vez me voy pareciendo más a Ramiro Ramos, fiel defensor a ultranza de las tradiciones, de «sus tradiciones».

He de reconocer que, fruto de esa rancia conversión en la que andamos, la idea de que una imagen presidiese sobre el escenario de este auditorio el Pregón me contrariaba. Las imágenes que representan a nuestro Señor Jesucristo y a su amantísima Madre la Santísima Virgen María no solo son obras de arte, son parte del Evangelio, y como tal su destino es el culto interno o externo, pero en definitiva el culto y la veneración.

Sin embargo, el Señor escribe recto con renglones torcidos y me hizo el mayor de los regalos el día en que me comunicaron que la imagen que acompañaría mis palabras sería la de Jesús Resucitado.

El padre Manuel Sánchez, predicador del Quinario a Nuestro Padre Jesús de la Salud de la hermandad de la Candelaria, nos exhortó a «remar mar adentro». San Juan Pablo II, en una de sus últimas cartas, puso de relevancia esa frase, para que los cristianos mirásemos en el fondo del mar de nuestras almas para poder dar relevancia a lo que de verdad importa. El padre Manuel pedía que las Hermandades no nos quedásemos en la estética y buscásemos en nuestro interior, en las obras y en la misericordia, el amor a Dios. Que buscásemos enamorarnos cada día del Señor.

Y en estas, El Resucitado cobró vida. Las historias que conforman este pregón no podrían comenzar de otra forma que por el final.

La Resurrección del Señor, el final de las celebraciones de nuestra Semana Mayor, no es el final sino el principio. Es la razón de ser de nuestra Fe, es el sentido de la vida, es el alfa y el omega del credo que profesamos. Sin resurrección todo es vano. Sin resurrección no encontramos la esperanza, sin resurrección el camino se vuelve oscuro.

La penitencia carece de lógica si al final del sendero no encontramos a Cristo resucitado. Nos aferramos al dolor de la pasión del Hijo de Dios, a sus lágrimas, a las llagas de sus manos, a su tortura, a los latigazos y a sus quebrantos. Nos perdemos sin remedio en los ojos del Nazareno que porta sobre los hombros el pecado de los hombres.

Vivimos con intensidad los misterios de la pasión, sabedores de que vuelve Jesús inexorablemente a soportar cada golpe siempre que apartamos la mirada ante el sufrimiento de un hermano. Vuelve a cargar la cruz siempre que no tendemos la mano para ayudar a quienes tenemos cerca. Vuelve la lanza a perforar su costado cada vez que una vida se trunca por la violencia de este mundo injusto, cada vez que un niño se pierde mar adentro en las frías aguas del olvido. Nos aferramos a sus tormentos, conscientes de que seguimos condenándolo año tras año a la muerte a una muerte de Cruz.

Pero la Cruz, esa cruz que Jesús tanto amó, no es el final sino el principio. Nuestro Señor sabía lo que iba a padecer, por eso imploró al Padre entre olivos que apartase de Él el cáliz del dolor, pero asumió con entereza el plan divino, ya que era su destino resucitar y concedernos la salvación final.

Jesús Resucitado, el final y el principio de la fe que profesamos.

Jesús Resucitado, que cada Domingo de Pascua recorres las calles de León mostrando toda tu majestad divina.

Talón que sostiene el milagro de la vida.

Rostro sereno que a todos cautiva,

espera ansiosa Tu Madre,

en la Pulchra Leonina,

cambiar el negro por el blanco,

que las palomas vuelen

y se cumplan de nuevo los tiempos

y la ciudad se entere

que no es el final sino el principio,

que no eres muerte sino vida,

que todo en torno a ti respira,

que das sentido a la fe,

que eres misericordia divina.

Que por ti penamos por este valle de lágrimas,

confiando en alcanzar la gloria prometida.

Descubren sus rostros los hermanos que llegan desde el barrio obrero acompañando a las mujeres que primero te vieron.

Muestran sus rostros

pues ya no hay pena que pene penitencia,

pues ya todo termina y a la vez empieza.

Jesucristo resucitado, aquí estoy ante ti

para mostrarte mi amor,

para gritar que sin ti todo dolor se vuelve estéril,

pues eres Tú la luz al final del camino,

eres la luz que guía mis pasos,

cirio pascual divino,

eres verdad y eres fe,

eres candil de amanecer.

Contigo nada acaba, todo comienza,

pues eres Tú, Señor resucitado, sustento de mis pies cansados,

el lugar donde reposa la esperanza,

el sosiego del alma atormentada,

eres el final y el principio de la vida cristiana.

Pues contigo todo acaba, mas contigo todo empieza.

## **HOSANNA A DIOS EN EL CIELO**

La mañana despierta enfundada en Hosannas. Cientos de corazones inocentes elevan sus pequeñas manos, cargadas de palmas y ramos, para recibir a Jesús montado a lomos de un humilde borrico. Pueblan la Calle Ancha ilusiones renacientes, como las de aquellos niños hebreos que portando ramos de olivo salían al encuentro del Señor aclamando «Hosanna en el cielo, bendito el que viene en el nombre del Señor». Domingo que marca el principio de lo que ya ha comenzado. Semana Santa que en León no es solo una semana.

Se abre paso el día con estrenos convertidos en tradición. Llega hasta la Catedral, a hombros, una «Borriquita» anunciando que se aproxima del alma la divina redención.

En las tardes de ramos, cuando cientos de pequeños pies descienden por «la Rampla de los sueños», mientras recorría la calle de la serpiente cogida a la mano pura de blanco antifaz y cruz de Santiago en el pecho, afloraban a mi mente los recuerdos de una hermosa tarde de abril en la que, de la mano de mi padre, estrené capa negra y verde de devoción contenida.

Ya son muchos los Domingos de Ramos en que he recorrido el trayecto que separa mi casa de la Iglesia del Salvador acompañando a mis pequeños corazones, enseñándoles a «llegar a Dios por el Amor», y siempre lo hago recordando la tarde en que el camino, que separaba mi casa en Leonor de Guzmán del Colegio de las Carbajalas, se precipitó cual suspiro henchido de emociones y sentimientos, del brazo de mi padre.

Las manos de mi madre habían planchado con primor nuestras túnicas. Su capillo rojo redención, el mío verde esperanza. Sus ojos desprendían orgullo, los míos nervios y una inmensa satisfacción. Un milagro, un sueño hecho realidad, nos permitía compartir el camino hacia la procesión.

Rojo sangre, sacrificio derramado, clámide purpura que cubre el torso malherido. Misericordia que su mirada desborda. Manos de Roldana que a la perfección reflejan la compasión por las miserias que el mundo soportara. Manos de mujer humilde que sufrió en sus carnes el dolor que tan perfectamente reflejó. Misericordia por tiempo escondida entre muros que al cielo solo claman misericordia suplicada.

Aquella tarde, ahora tan lejana, cruzamos de la mano la puerta, pisamos los adoquines, sentimos la grandeza del Crucificado que sin mirarte te mira, que sin mirarte traspasa el alma con sus pupilas dormidas. Qué suerte tuvo, Señor, quien pudo rescatarte del paredón del olvido y a hurtadillas liberarte de prisiones silenciosas para poder regalarte hombros penitentes ansiosos de inundar la collación del barrio antiguo del mercado de devoción por tanta Redención.

Vuelvo hacia atrás la mirada para descubrir con nostalgia su almohadilla vacía, para recordar crespones y ramos que un triste día nos entregaron quienes compartieron con él golpes de horqueta, raseos y alegrías en los albores de su querida cofradía.

Rojo sangre, sacrificio derramado, negro luto, dengue, azabache y manto, para la Madre que que pena a su lado. Luz que viste ropajes de antaño, plegaria que al cielo eleva cantos, fulgor que su rostro ilumina, Divina Gracia que a todos fascina.

Vuelvo hacia atrás la mirada para añorar aquella tarde de ramos en que cogida de su mano, llena de agitación y nervios, vestimos túnica negra juntos los dos por vez primera.

Y llegamos a la plaza,  
Y en el patio rezamos.  
Cubrimos el rostro,  
Y tres golpes sonaron.  
Se abrieron las puertas del cielo  
Y juntos pisamos el Grano.

Latidos marcados a horqueta,  
Profunda pasión.  
Profunda devoción,  
La que guardaba en el corazón  
aquel bracero eterno  
De Nuestro Señor Jesús de la Redención.

## **PALABRAS DE PERDÓN**

Marrón franciscano para una corporación que guarda en su ADN la sencillez y el perdón. Ferroviarios antiguos, restos de olor a carbón, el de aquellas máquinas que incensaban cada mañana las calles del Barrio de la Vega.

Cada Martes Santo se prepara León para cumplir con el rito de la liberación.

La parada en el asilo fue siempre señal de la misericordia que los hermanos del Perdón querían propagar por las calles al paso del Señor.

Reposan en el rincón un capillo marrón y una sencilla cruz que, para siempre serán reflejo de su profunda devoción.

Nunca pudo imaginar semejante regalo del cielo. Solo Dios nuestro Señor tiene el don de otorgar el divino perdón. Jesucristo, justo entre los justos, fue injustamente juzgado, indebidamente condenado, cruelmente ajusticiado, y en el culmen del dolor, antes de exhalar su último aliento, exclamó solo palabras de perdón. Nunca pudo imaginar que fuese digno de recibir aquel indulto, de merecer tan alta consideración.

Reposan en el rincón un capillo marrón y una sencilla cruz, reflejo de su profunda devoción.

Despacio cubre su rostro mientras se prepara la escolta que habrá de acompañarlo. Dirigen lentamente sus pasos hacia el «Locus Apelationis» de la Catedral. La Pulchra Leonina, ese milagro de piedra y cristal que sirve de faro al peregrino, que vigila los pulsos de nuestra ciudad, será testigo callado, fedatario para la posteridad.

Espera paciente el momento la imagen del Cristo del Perdón. De rodillas, abatido por los golpes, vejado durante el camino hacia el calvario, cae desplomado implorando al cielo una clemencia que sabe de sobra negada, pues es su sacrificio, es su sangre derramada, la única forma posible de obtener la salvación pactada. Implora clemencia Aquel que ofrece la clemencia máxima. Extiende sus brazos para abrazar a quien guarda anonimato bajo el marrón de su capillo, a quien vierte ríos de agradecimiento por el indulto obtenido.

Se cierra la noche sobre rúas modernas que conducen a la Cofradía de nuevo hasta su barrio.

Sencillez y Tradición

Con una sola intención:

Esparcir el perdón

Y llenar de la más hermosa Paz

Las calles del viejo Reino de León.

## **SILENCIO PENITENTE**

Si hay algo que caracteriza a la Semana Santa de León es, sin duda, la sobriedad y la austeridad, esa que solo quebrantan las exuberantes licencias de los exornos florales de nuestros pasos.

Es verdad que todo evoluciona y se adapta a los tiempos. Es verdad que el viento del sur ha dejado en nuestras Cofradías maravillosas muestras de otras formas de sentir, ha impregnado de azahar el olor del incienso, a susurrado sonos de bulerías a las cornetas, ha dejado improntas de tierras otrora conquistadas y que hoy nos conquistan, aunque en León nadie pierde su alma de Papón.

La sobriedad y la austeridad de los desfiles profesionales de nuestra vieja ciudad alcanzan su máxima expresión cuando los hermanos de la Cofradía heredera de la Orden Tercera franciscana hacen voto de silencio.

Aquel era un Miércoles Santo diferente. Ese año la pasión de Nuestro Señor no se vivía entre bullicios, nervios y alegría. Rondaban cerca las nubes de la oscura enfermedad. La cuaresma había discurrido entre sueros, quimios y camas de hospital. Guardaban los cajones estampas de devoción, plegarias implorantes de curación.

Tras las frías paredes del Convento de los franciscanos se disponían los disciplinantes a cumplir con el voto de su silencio y su oración. Túnica prestada, anonimato, pies descalzos, abrazo a la cruz de los pecados.

Matracas y carracas rompen el velo de la tarde. Resuena el eco del credo como música celestial. Fe que profesamos y al cielo elevan los hombres en silencio, recuerdo de un tiempo pasado que cobra vida en sus labios.

Sentimientos encontrados que se escapan con cada desnuda pisada, con el roce de los adoquines que van conformando la senda de la vida. Penitentes que abrazan la cruz, asumiendo el dolor, como Cristo camino hacia el calvario; siguen los pasos de un Cautivo que sabe cercana la hora de partir hacia el Padre; abrazan la cruz, anhelando abrazar un resquicio de luz que les devuelva la esperanza perdida.



Medinaceli de oraciones ancestrales, Cristo moreno que recorre las calles de esta hermosa ciudad repartiendo consuelo. Sereno rostro de dolor que alivia la angustia de los que con túnica fiada cumplen promesa por la sanación ansiada. Cautivo rescatado que Ansorey tallara, a semejanza del que en Madrid genera ríos de devoción, preces, súplicas, emoción de besos que al tiempo roban plegarias, viernes de cuaresma, tradición eterna.

Aquel era un Miércoles Santo diferente. Pesaba honda la penitencia sobre los hombros del anónimo crucífero. Era el rosario de sus manos, metáfora del tiempo que, inexorablemente, iba esfumando uno a uno los alientos de la vida que en una cama de hospital a paso lento se dormía.

Aquel era un Miércoles Santo diferente tras los pasos del Nazareno que en silencio grita palabras de esperanza y sosiego. Era un Miércoles Santo diferente, como para otros lo habrá sido un lunes, un martes, un domingo o un viernes. Tras la penitencia que desde la acera contemplamos, cual espectáculo de tradición y arte, se esconden verdaderas historias de sufrimiento, devoción y súplica. Tras los pasos de Cristo Cautivo, presentado ante el pueblo que ansiaba su muerte, pedimos con sigilosos quejidos no perder la vida de la persona amada, que no venza la sombra de una muerte anunciada. Tras los pasos de la Cruz que soporta sobre los hombros el Nazareno por tres veces caído, imploramos con voces antiguas «Dainos Señor buena muerte, por tu santísima muerte». Rogamos que no venza el dolor, que gane la batalla la vida, que la sombra se convierta en luz y la enfermedad sea efímera. Tras los pasos de la Cruz donde expiran nuestros pecados, derramamos confianza para no sucumbir ante tanta punzada soportada. En muchas ocasiones se esconden bajo el capillo de la penitencia el dolor, las horas en vela, la pesadumbre y la desolación. Se esconde la frialdad de una cama que se asfixia por la pena, que solo atisba destellos de luz en los ojos que la velan, que se aferra a una estampa que contiene su fe y su esperanza.

Se esconden bajo el capillo de los hermanos y devotos de la Cofradía de la Expiración y del Silencio, la herencia franciscana, la austeridad callada.

Guardan costumbres vetustas,  
Carracas, cantos,  
Mutismo solo roto por el rezo,  
Capas pardas,  
Tiempo pasado.  
Parihuelas de antaño,  
Velos negros y oración.  
Se apodera el silencio de León.



*Carantina*

Atrapados en sus manos,  
Cautivos de sus pasos,  
Abrazados a su cruz,  
Disciplinantes que ruegan  
Braceros que imploran,  
Plegarias que claman  
Aferradas a una estampa  
Que aunque la vida se vaya  
Reine por siempre la esperanza.  
Plegarias que imploran  
Aferradas a una estampa  
No perder la fe  
En silencio suplicada.

## **A LAS CARBAJALAS**

El almanaque de la vida va dejando caer sus hojas, una a una, a la vez que ellas van dejando resbalar entre sus dedos las cuentas del rosario que marca su existencia.

Entre los muros del convento ven discurrir la historia y el paso del tiempo que solo se palpa en el plateado de los cabellos que tímidamente asoman bajo sus velos.

Su oración es bálsamo para el peregrino. Se adaptaron a la nueva centuria cambiando enseñanzas por hospedajes, sin olvidar sus laudes y maitines.

No son paponas, ni visten túnica y capillo, pero su labor callada es y ha sido crucial para las cofradías de esta su ciudad. Sus manos nos regalaron bordados, guiones y mantos; su amor y devoción nos abrieron las puertas de su casa, concediéndonos su protección; sus voces implorantes llenan el alma de los braceros que ante la clausura presentan a la Virgen del Mercado; velan con tesón los sueños del Cristo de la Redención.

Su oración es penitencia, su alma destila puro amor hacia Dios nuestro Señor.

Cada año esperan en la penumbra de la capilla la caída de la noche en que los trasiegos cambian bullicios por silencio. Cuando la anochecida se apodera de los cantos de una plaza que ha sido testigo de la historia de esta ciudad y ahora grita auxilio para poder seguir siendo el vestigio del más puro Medievo leonés; cuando la luz de las antorchas ilumina la vieja muralla y marcan las estaciones del Viacrucis el camino por el que discurren los pasos del Crucificado que habita en San Marcelo; cuando llegan quienes lo portan a las puertas del convento que da nombre a la cuesta, las sombras se hacen luz en las entrañas de los que en silencio rezan.

Se convierten, la noche del Miércoles Santo, las cercas antiguas en escenario natural que retrotrae la memoria y a todos cautiva.

Se transforma el paso de los papones de alto capirote blanco en fotografía que evoca recuerdos pasados. Hachones que el camino marcan, silencio que guía los pasos, raseo de quienes portan sobre sus hombros la cruz que perdona los pecados del mundo.

Siete Palabras que exclamó Cristo en el monte de la calavera, rostro divino de quien sabe con certeza que el temido momento se acerca. Dios hecho hombre que como hombre padece y soporta el miedo y la desolación. «¡Padre!, ¿por qué me has abandonado?». Grito de dolor que escapa de la madera trasformada en evangelio de salvación.

Dios hecho hombre, como hombre confía en la grandeza del Creador. «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!». La palabra se hace gubia que cincela misericordia, muere Jesús en la Cruz, dejando escapar entre sus labios siete plegarias de dolor, amor, entrega y perdón.

Cada año esperan en la penumbra de la capilla la caída de la noche que roba horas a su sueño para convertirlas en rezo a los pies del crucificado a punto de expirar. Sus voces gregorianas trasladan la mente al madero que contempla la plaza y así descuentan de nuevo el rosario otra Semana Santa. Sus cabellos plateados son el único vestigio del tiempo pasado entre los muros del convento que arropa tantos sentimientos. Gratitud desmedida la que brota del alma de los papones de León por las mujeres que con su oración cumplen cada año con la penitencia. Cubren su rostro con capillo de fervor, sirven a Cristo desde lo más puro de su corazón.

Guarda por siempre, Señor, la paz que cobijan los muros del monasterio, benditas ellas que también sienten La Pasión.

Voces que al cielo claman,

Voces que oran por nuestras almas,

Voces que dan al bracero sosiego y calma.

Voces grabadas a golpe de horqueta,

Voces de una plaza que se niega a perder la voz.

Voces que nos ayudaron a llegar a Dios,

Voces que tanto enseñaron,

Voces que tanto bordaron,

Voces que nos acogieron,

Voces que nos mimaron,

Voces que serán por siempre

Testigos del tiempo que a bocanadas se escapa  
Entre las tapias del viejo convento.  
Voces que son para León  
Voces de profunda devoción.

## SEÑOR MÍO, Y DIOS MÍO.

El Día del Amor Fraternal se conmemora en León de una manera muy especial. Las antiguas visitas a los sagrarios han dejado paso a ajetreos de sacas, bienaventuranzas y pregones a caballo.

Al caer la tarde, se tiñe la Plaza de la Catedral con el blanco de las túnicas de merino y el rojo de sus capillos, pasión sacramental, cordero divino.

Decenas de niñas se revisten con hábitos de mujer samaritana. Samaritanas como aquella que, junto al pozo que calma la sed, brindó a Jesús alivio a su sed de peregrino. Samaritanas como la que descubrió en Cristo la fuente que calma la sed del alma. Samaritanas de misericordia llenas como aquella que San Agustín interpretó como metáfora de nuestra iglesia.

Marta y María esperan en Betania la llegada del hijo de Dios. Marta, servicial, atenta, patrona de quienes acogen forasteros en sus casas, de los que cobijan al viajero. María, compañera y amiga fiel, ferviente servidora de Cristo Rey. María la del evangelio de Juan, la que enjugó con sus cabellos y una libra de nardo a Jesús, nuestro Señor, adelante de una unción que no podrán realizar sobre el cuerpo sin vida del Salvador. A paso lento, los braceros cuentan a León el mensaje del verdadero amor.

Cada Jueves Santo se prepara la ciudad para vivir la sagrada Pasión. Lava Jesús los pies a sus discípulos, muestra de humildad, servicio y sacrificio. Majestuosidad que al mundo cuenta el diálogo del Regalo Divino. Pan y vino de eucaristía, bronce que porta negación y traición vivida. Ofrenda que Cristo realiza. Santísimo Sacramento del altar tallado con maestría por Víctor de los Ríos. Rostro de amor que su sangre vierte sobre el cáliz del tabernáculo. Sagrario que por León derrama toda su presencia divina.

Mirada que sin hablar perdona traición, antes de ser traicionado. «Lo que hayas de hacer, hazlo rápido»; treinta denarios bastaron para que Judas con un beso entregase el cordero que había de ser en la pascua sacrificado. Mirada que sin hablar perdona negación, antes de ser negado, «¿Tú me quieres Pedro?». Tres veces preguntado el apóstol que con el canto del gallo por tres veces negó al Hijo de Dios.

Jueves Santo de amor fraterno,  
Calles de León moderno,  
Para abrazar a golpe de tambor la «Fe verdadera».  
Sagrada Eucaristía,  
Alimento del alma cristiana.  
Forma sacra que en la consagración cobra vida.  
Cuerpo y sangre de quien se entrega,  
Pan y vino,  
Transustanciación que hace presente al hijo de Dios.  
Bendito sacramento,  
Maná en el desierto de nuestra pecadora existencia.  
Túnicas blancas, capillos rojos,  
Devoción sacramental.  
Sagrada Cena que por las calles pasea solemnidad,  
Ofrenda de sacrificio,  
Santo Grial divino.  
Tarde de Jueves Santo  
Para convertir a Cristo  
En alimento bendito.

## **STABAT MATER DOLOROSA IUXTA CRUCEM LACRIMOSA.**

En León las tardes de cuaresma son siempre frías. La primavera lucha por hacerse un hueco, pero los rigores del invierno se resisten a dejarle libre el paso. Poco a poco las calles se llenan de signos que nos revelan que el tiempo de volver a vivir La Pasión sin remedio se acerca.

Se suceden actos culturales en las distintas cofradías y hermandades de la ciudad. El Nazareno abandona la frialdad del altar para dejar que sus devotos se acerquen a contemplar su rostro. Y en San Marcelo se rinde el pueblo ante los pies del Crucificado que saliera de las manos de Gregorio Fernández.

El incienso comienza a cubrir con su dulce niebla los corazones de los papones y nuestras madres van desempolvando con amor las túnicas de penitencia.

Lleva tantos años realizando el mismo ritual que ya casi ha perdido la cuenta. Uno a uno va sacando los hábitos negros de tablón que con esmero guarda en el armario de los recuerdos. Uno a uno los plancha primorosamente, prendiendo en sus

corazones el emblema de corona de espinas y letras moradas. La familia ha seguido creciendo y cuelgan del armario túnicas pequeñas que aseguran que la saga se mantenga. Cada año el mismo ritual, cada año el mismo amor almidonando las tablas que se hilvanan a la vida.

Nunca ha cubierto su rostro para cumplir con la penitencia, mas vive aferrada a la devoción por Aquel que vive al lado de su casa, por «La Pena Bonita» que guarda en el alma su pena.

Llega de nuevo la cuaresma y las puertas del armario se abren para que vuelva a realizar su tarea, mas hace ya dos años que se ha tornado distinta, que el ritual se ha llenado de melancolía. Otra vez esta cuaresma no le saldrán las cuentas.

Hace ya dos años que de la puerta cuelga una túnica menos. Solo ella sabe cuánto dolor es capaz de soportar una madre al perder a su hijo. Solo ella es capaz de comprender cuánto hubo de padecer Aquella que cada Semana Santa camina penando en silencio con un puñal atravesando su pecho.

Nuestro Señor Jesucristo padeció en sus carnes el tormento, su Madre Santísima padeció en su alma los mismos golpes y torturas que se llevaban la vida del fruto bendito de su vientre. Ella, que padeció cada vez que de niño se caía cuando jugaba por las calles de Nazaret. Ella, que sufrió con cada tentación del diablo en el desierto. Ella, que se afligió cuando Judas lo entregó, cuando Pedro lo negó. Ella, que soportó cada burla, cada espina de su corona, cada latigazo, cada golpe, cada desprecio en el camino hacia el calvario. Ella, que sintió el dolor en sus manos de cada clavo, del vinagre, de la lanza de su costado. Ella, que penó, cuando todo se hizo noche, al acunarlo como el día que dio «A Luz a la vida», a quien es «Luz para la vida» en la penumbra de un mísero pesebre. Ella, solo Ella, fue la primera en vencer el dolor, en confiar en sus palabras, en creer ciegamente en la resurrección. Ella es la Madre en la que toda madre se mira.

Por eso cuando llega la cuaresma, cuando en las frías tardes aún de invierno caen sobre ella las sombras para recordarle que de nuevo no le saldrán las cuentas, se refugia en los ojos de su Dolorosa para sentir como Ella, pues también sufrió cuando de niño se caía jugando en las puertas de Santa Nonia, y padeció con cada tratamiento, y penó la pena de lo injusto de una vida que temprano se trunca. Pero como María, también fue la primera en saber que aunque se fue, nunca partió de su lado, pues vivirá por siempre en los ojos de quienes lo amaron en cada puntada que sus manos bordaron.

Ella se refugia, como tantas otras, en la mirada profunda de la Madre de todos, cuando la aflicción se apodera de su corazón, e implorándole consuelo eleva una plegaria que al viento susurra...

Pero..... No sé cómo llamarte, Madre, si de todas formas me miras, si hay quien te llama Piedad y eres sosiego para Las Angustias y bálsamo que apacigua tanta Soledad soportada.

No sé cómo llamarte, Madre, si de todas formas me miras, si eres Camino de Reyes por el que discurre la vida y Esperanza en las noches donde las sombras se alargan.

No sé cómo llamarte, Madre, si te dicen Antigua y del Mercado los mozos que ante tus plantas fueron bautizados. Y eres la Paz que calma nuestros desconuelos y Divina Gracia que acoge todos los desvelos.

No sé cómo llamarte, Madre, si tus Dolores son mis Lágrimas, si tu Luz serena la Amargura de mi alma y eres la Pasión que da vida al Milagro y eres quien extiende su mano Misericordiosa a quien te implora Consuelo.

No sé cómo llamarte, Madre, si de todas formas me miras, pues tus ojos son el Pozo de agua clara que alivia el dolor que siento.

No sé cómo llamarte, Madre, si siempre que te llamo vuelves tus ojos para mirarme,

Solo sé decirte, Madre,

Que es tan Dulce tu Nombre,

Que solo una palabra vale para llamarte siempre,

Pues solo necesito pronunciar tu nombre, MARÍA,

Para que vuelvas tus ojos a mirarme.

## **AVE MARÍA**

Los albores de la primavera traen consigo aromas de melancolía contenida. Los olores que se escapan entre las tapias de la Fe nos transportan a tiempos pasados, a glorias vividas, a lo que pronto podremos volver a vivir.

Y así, cuando las sombras comienzan a ganarle terreno al día, cuando Morfeo ataca y envuelve, afloran quimeras que retuercen y enredan el alma.

Soñé ayer que, sin querer evitarlo, volví a soñar soñando, que el sueño cobraba forma, y no era pues ya un sueño, aquello tantas veces soñado.

Soñé de nuevo con una tarde que hizo verdad el dicho y brilló más que el sol un Jueves Santo soñado.

Soñé que volvían mis pies a rozar los cantos de la plaza de los Granos, a sentir el aliento de tanta mirada expectante, el rumor de que el tiempo cambiaba por fin sin remedio, abriendo paso a otro son, acariciando el viento la dulzura de su amor.

Soñé con todos aquellos corazones de color verde que latían con fuerza al ritmo marcado por un timbal que traía evocadores sonos de antiguas legiones, aquellos que



abrían paso al Galileo injustamente juzgado, condenado a salvar a los que fueron, a los que son y a los que sin duda serán.

Soñé con aquella tarde, 16 de abril marcaba el calendario, veinticinco años grabados a incienso y cera en mi corazón y en el de aquellas que cerraron los ojos y agarraron el alma para darle forma al sueño, para abrir las puertas del cielo a todas las paponas que desde las aceras contemplaban cómo la Virgen pasaba, y no podían ser sus pies, ni convertirse en su aliento, ni cederle su vida, ni ser testigos del tiempo.

Soñé de nuevo con una Madre que entre sus brazos arrullaba el cuerpo de su hijo vencido por el sueño eterno. Dolorida, daba consuelo, en mitad de la senda, a quien peregrinando buscaba sentido a su Fe cristiana.

Una Madre entregada a proclamar la grandeza de su hijo, primer sagrario divino, que guarda en su corazón la verdad del verbo que es luz, vida y camino.

Soñé con una Madre que llegó para convertirse en vigía de nuestras veredas. Corazón de bronce que nos acogió en su seno, alma dominica que nos mostró el sendero. Hierro y cemento, terciopelo, ilusión, constancia y esfuerzo de quienes se rindieron al sueño de gritar a los cuatro vientos que María es madre y maestra, consuelo y cobijo, es quien marca el camino para llegar a Cristo.

Soñé con una Madre que camina a paso lento al pie de la Cruz que venció al tormento. Cruz de Ajenjo, por manos generosas regalada, que D. Antonio bautizara y Gloriosa llamara, pues no es la Cruz el final. Cruz que mata y a la vez salva, Cruz que ve cómo el aliento se escapa, al mismo tiempo que vence sin remedio a la muerte.

Soñando me aferré fuerte a los sueños, pues no quería despertar sin sentir de nuevo el aliento de aquella que ya no está, pero permanece por siempre en los sueños.

Las luces de la mañana nos despiertan sin remedio, nos rescatan de Morfeo y tuve que dejar de soñar y tuve que volver a soltar la mano que tanto anhelo.

Las luces de la mañana iluminan la utopía, pues aquel sueño tantas veces soñado no es novelería, ni ficción, ni tan siquiera flor de un día. Aquel sueño tantas veces soñado se convirtió aquel día en verdad, no era metáfora de cambio, sino auténtica evidencia de que la plaza se tiñó esa noche de primavera vencida, de color verde esperanza, la que siempre tuvo María.

Y como la utopía dejó de ser utopía, veinticinco años han pasado sin que hayamos dejado de seguir soñando.

Llegaron los dulces sonos de sus labios a poner otro sonido al viento. Tantas horas en sus dedos, tantas notas en sus almas, tanto amor que dedicaron para rezar tocando sus flautas.

Ave Marías al cielo de una ciudad bimilenaria que poco a poco comprendía que había llegado el momento de hacer las cosas con otro sentimiento. Sonaban sus



*Lasantina*

entrañas a madres, hijas y abuelas, que soplando derramaban adoración de mujer por quien fue la primera en poner su ser al servicio de la fe. Herida abierta que aún sangra, lágrimas vertidas, senda injustamente interrumpida, deuda que sigue cobrando intereses en nuestra existencia.

Sumando hojas en el almanaque de la vida, llegó a León el rostro de la Madre que junto al discípulo amado recorre el camino más amargo de la vida. Atravesando la Ruta de la Plata, desde el barrio donde vive la Reina del Arco, llegaron los verdes ojos que el sentido me robaron. Llegaron sus manos para aferrarse a mi destino, llegó el rostro de Aquella a la que no sé cómo llamar cuando las sombras me acechan, pues es tan Dulce su Nombre, que sin necesidad de nombrarlo cabe en todos los nombres, pues es todos y es uno, y es solamente su nombre el nombre de la Madre de Dios, el Dulce Nombre de María.

Iluminamos su rostro con cera, cuando la plata era acero y no había cera en el reino, y la cera se hizo flor y adornó su delantera, siendo su luz reflejo de cristal en la noche del Jueves Santo. Y luego sus hijas con esmero y tesón rizaron los hilos de aquel gran corazón. Sin Juan Carlos y su empeño nada habría sido posible, largas horas de hospital para hojas, flores y rayos. Noches del invierno más duro, de trasteros y esmeros para que por fin viera la luz el manto de los sueños.

Casi diez años después de aquel primer día soñado, quien ofrece consuelo a los hombres, quien abraza la cruz del pecado, se abre camino hacia el calvario tendiendo la mano a las que lloran por no haber podido evitarlo. Túnica morada ceñida a su cintura por un cingulo dorado que, año tras año, sus manos desde el cielo siguen atando.

Veinticinco primaveras cumplidas en el lunario de nuestras vidas. Veinticinco lunas de Nissan marcando en el cielo la salida procesional de María del Dulce Nombre.

Ayer soñé que volví a soñar soñando, pues ya solo me queda soñar y esperar que soñando, soñando, nuestra estirpe pueda contar que hace ya tiempo sus madres soñaron que podían cubrir su rostro con el color de la esperanza, podían heredar las túnicas de sus ancestros, podían prestar sus hombros a la Reina del Cielo; podían ponerle nombre de mujer a la pasión y hacer lo extraño cotidiano y abrir las puertas de la gloria para que las paponas entraran y por siempre se quedaran.

Soñé ayer que, sin querer evitarlo,  
Volví a soñar soñando,  
Que aquello que soñé, también lo viví.  
Que lo vivido se convirtió en eterno  
Y lo eterno por siempre quedará grabado,

Pues nunca nadie podrá borrar  
Aquello que tantas veces soñamos,  
Aquello que tantas veces vivimos,  
Y la historia contara  
Que no solo lo soñamos.

## EL NAZARENO

La luna de Parasceve se erige como único astro rey, iluminando las callejuelas y los adoquines de antiguos concejos, en madrugadas de gélida primavera. Mientras el Silencio inunda las rúas de devoción callada, rasga la voz el velo de la noche, anunciando martirios, convocando penitentes...

«LEVANTAOS, HERMANITOS DE JESÚS,  
QUE YA ES LA HORA»

La madrugada del Viernes Santo evoca en León antiguas costumbres grabadas en los protocolos de la memoria, que iban llamando a los hermanos de Jesús Nazareno para acompañar el lento caminar del más bello Viacrucis.

El olor de la madera de los tronos se mezcla con las miles de flores que los adornan. Cuenta el Nazareno al mundo la historia del padecimiento del Hijo de Dios en la tierra.

Suena de nuevo la esquila, rompe templado el redoble del tambor, la corneta da paso a la voz y esa voz abre la puerta al Señor de León.

Marca el alba la hora de poner en la calle la procesión. Se niega la luna de Nissan a abandonar la bóveda azul que nos protege, pues no quiere perderse ni un instante de lo que aquí acontece.

Jesucristo ora en el huerto y acepta su destino, bebe del cáliz divino y lentamente asciende de Escorial hasta Hospicio tras los pasos de la Cruz que a todos guía el camino. Cruz labrada de amor infinito, pedazos de alma convertidos en plata, memorias de niño fundidas en sus asas.

Senatus Populus Que Romanus

«Con un beso me traicionas», manos de Estrada que tallaron el momento amargo del que sabe presto su final. A paso lento, los sanedritas inician los renglones del camino a la salvación. Recuerdo de una almohadilla por más de veinte años vacía, que sembró de tristezas nuestras almas.

Perdóname, Señor, por cada latigazo, perdóname, Señor, por tus heridas y tus llagas. Déjame ser columna que sustente tu vejado cuerpo, déjame ser columna que soporte tus azotes y flagelos.

Jesús, el hijo del carpintero, el pescador de hombres venido desde Galilea, es burlado, insultado y maltratado por los soldados del imperio. Zarzas y espinas para coronar con dolor al Rey de los cielos; clámide púrpura, caña y esputos para el siervo sufrido de la profecía de Isaías.

Avanza por Cardenal Landázuri Pilatos presentando a Jesús ante un pueblo que, incansablemente, grita «¡Crucifícalo, crucifícalo!». En el balcón de Arizaga, bajo la atenta mirada de aquel esclavo negro perdido en la memoria de tonos grises de un pasado no tan lejano, el Quinto prefecto de la provincia de Judea, se lava las manos mientras firma una sentencia.

Siempre te espero en el mismo sitio. Siempre te sueño en la misma esquina. Aunque a veces los recuerdos me transportan a tiempos ya casi demasiado pretéritos, donde los niños podíamos correr de un lado al otro de la Plaza Mayor, a tiempos en los que los duros rigores del invierno teñían de blanco los estambres de las flores, no dejando asomar primaveras ya vencidas. Aunque a veces los recuerdos me transportan a tiempos de madrugones a hurtadillas, de calle Santa Cruz agarrada a la mano de mi padre. Aunque a veces los recuerdos me transportan a tiempos tan hermosos e inocentes, siempre te espero en el mismo sitio, siempre te sueño en la misma esquina. Por la cuesta de las Carbajalas se escucha el racheo que sus pies acompañan. La corneta exhala un Réquiem por quien caminando padece. Lágrimas de sangre recorren sus mejillas, rostro de amor infinito que según cuenta la leyenda, tallasen manos rotas de dolor de padre que contempla como la vida de su hijo se escapa poco a poco. Jesús Nazareno, mirada arrebatadora de dulzura impregnada, busco en tus manos el consuelo para mi alma atormentada. Devoción de mis entrañas, refugio de pecadores, eres la Cruz y eres la vida para tantos sinsabores. Se escucha de fondo el raseo de quienes te sirven de bajel. Corazones penitentes que en silencio proclaman su Fe.

Santa mujer Verónica, faz de Cristo impregnada, milagro que guarda el rostro de quien entregó su vida para borrar el pecado de Eva.

Sigue impasible los pasos de Jesús, el Nazareno. Guarda con celo en su paño el último semblante de Cristo, cubren de negro sus rostros los que serenamente la acompañan.

Sortearon su túnica, lo dejaron desnudo, entre pañales vio la luz el Redentor, paño de pureza que cubre el cuerpo del Hijo de Dios. Díez de Tudanca talló con mesura y esmero el Expolio de Cristo, dados para sortear sus vestiduras, y aunque antaño del Silencio le decían, hoy es torero que cita a la muerte con absoluta valentía.

Tres golpes le enclavaron, tres golpes para poner fin a tanta agonía. Manos del sur que exaltaron su Cruz. Paponos que hallaron la ansiada hora de poner sus hombros al servicio del evangelio y paliar el dolor de la cruz que poco a poco se eleva hasta el cielo.

En el Calvario todo se torna silencio. Sus ojos se perdieron en el azul infinito buscando los de aquellos que antes de tiempo se fueron. En el Calvario ya no hay bullicio de Hosannas, ni palmas, ni vítores como al cruzar las puertas de Jerusalén. En el Calvario todo se torna silencio, solo una Madre desafía al poder del Imperio. Dolor que da la vida, dolor que siente acercarse la muerte. Mantillas negras, rosario, penitencia y emoción tras los pasos de la Crucifixión.

Vence la muerte a la vida, gana la batalla tras una dura Agonía. Se rasga el velo del templo para que la profecía pueda ser cumplida. Madera pura que atestigua a través de cada una de sus vetas caudales de amor que cada golpe de gubia vierta.

Por la calle Juan de Arfe discurre el discípulo amado, va al encuentro de una Madre que, amargamente hacia el Gólgota, en busca de su Hijo sale. San Juanín de generaciones pasadas, devoción heredada, reverencia recuperada, consuelo y sostén de María dolorosa y atormentada.

Muestra su pena la Virgen bonita, muestra la herida su pecho atravesado por siete puñales de ira. Varal enlutado, recuerdo del bracero que se ha marchado. Busco en sus ojos dolorosos el consuelo, al no poder sentir ya el suave roce de su enguantada mano, cuando al final de la cuesta la extendía para acariciar, con mimo, mi mejilla.

La primavera busca su sitio cada mañana de Viernes Santo. La ciudad se engrandece al contemplar la Procesión de los Pasos recorriendo sus calles. Los paponos del emblema morado recuerdan al mundo el misterio de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Desde el alba hasta la hora nona,  
Recorre el Señor calles y costanillas.  
Suena de nuevo la esquila,  
Rompe templado el tambor,  
El toque de la corneta vuelve a dar paso a la voz  
Y tras la voz se cierra la puerta.  
En Santa Nonia ya descansa el Señor.

## **FAROL DE VIERNES SANTO**

A estas alturas del Pregón resulta evidente que el Señor no me dio el don para hacer rimas perfectas, para encontrar la métrica a la vida, para ponerle poesía al alma y arrancar versos al viento que desaten sentimientos.

Más bien lo mío es aquello tan antiguo que hacían los juglares. Aquello de pregonar historias, de contar lo que sucede con aromas a vieja copla, entre la realidad y

la leyenda, entre el presente y el pasado, entre lo mío y lo tuyo, que hagan estremecer al que escucha y remuevan sus recuerdos y enciendan las ganas, y se encoja un pellizco que retuerza las entrañas.

Esta que voy a contaros es la historia de un farol. Un farol del Santo Entierro que abrió el cortejo de los Santos Varones que camino hacia el sepulcro hicieron sin saberlo la primera procesión.

Corría la década del cambio. Albores de un tiempo que la corporación de negro y verde había alumbrado desde San Martín, convirtiéndose en aurora de la mañana, dando a las hermanas de aquella antigua orden de disciplinantes y Cofradía de Ánimas que allá por 1578 se fundase en el extinto Convento de Santo Domingo y que hoy habita en el lado derecho de la Capilla de Santa Nonia, la oportunidad de luchar por ejercer el pleno derecho de vestir túnica negra, cuando el Viernes Santo fuera par, y así poder penitenciar su devoción a La Virgen que en Soledad llora de Angustia por la muerte del Redentor.

Descansaba sobre la cal de los muros de Santa Nonia aquel farol. Aún no era de plata, sino de latón. Aún guardaba aroma de tiempos pasados, de tantas manos que lo abrazaron para junto a él recorrer el camino de la procesión. Los nervios llevaban todo el día agarrados en sus tripas. Con esmero había cambiado de las mangas de su túnica el verde tergal por un cordón amarillo. Con la más pura liturgia descosió puntada a puntada el corazón que tras la cruz reposaba a la altura de su pecho, para con el mismo primor cumplir con la tradición tantas veces repetida en los hábitos de sus hermanos y poder lucir por fin el emblema de su querida Cofradía de Angustias y Soledad.

Bajó con suavidad los escalones que la llevaban hasta el portal. Recorrió los escasos metros que separaban su casa de la capilla como tantas veces había recorrido acompañando a su padre. Su larga melena perfectamente recogida en una trenza para que bajo el capillo nadie pudiese saber quién hacia penitencia.

Descansaba sobre la cal de los muros de Santa Nonia aquel farol esperando sentir el roce de sus nerviosas manos, la ilusión de aquella primera vez, la pasión y la fe cultivada durante los años, heredada de sus progenitores. Dice el Papa Francisco en su encíclica *Lumen Fidei* que la fe que profesamos a Nuestro Señor Jesucristo debemos heredarla de nuestros padres, debemos dejarla en herencia a nuestros hijos.

Agarró con fuerza aquel farol cuando el Seise anunció el inicio de la procesión.

Los Atributos de la Pasión sufrida por Cristo daban inicio al cortejo aquel Viernes Santo de cielo azul purísima, pugnando el sol y la luna por reinar en el firmamento mientras contemplaban el momento en que León se cubría de papones de negro.

Santo Cristo que muere en la soledad del monte de la calavera. Lloro María de tristeza, sufre el tormento de ver a su hijo sin vida. Tantas veces sufrió cuando aún era niño por sus heridas, que ahora que reposa inerte entre sus brazos ya no puede desbocar su pesar y guardan sus entrañas toda la angustia sufrida.

Ha llegado el momento esperado, alza al cielo el farol y atraviesa el dintel de la puerta. Será quien alumbrará la senda de los que con dulzura trasladan el cuerpo sin vida de quien entregó su vida por la salvación de los hombres.

Todo se ha consumado. El Galileo bautizado por Juan en el Jordán, aquel que lloró sangre en el huerto, pues conocía su destino fatal, yace entre las piedras de un sepulcro. Es su vida el tributo, es su muerte moneda que los hombres pagamos y cada Semana Santa penitenciamos. Camina en Soledad María tras los pasos de San Juan, le atraviesa su pecho la espada que Simeón profetizara. Cada Viernes Santo los papones de León enlutan sus rostros para acudir al entierro del Señor.

Aquel farol de mi historia vio como el tiempo cambiaba su latón por plata, vio como el tiempo daba brazos de penitencia a quienes aquella tarde por primera vez lo portaran. Ellas se convirtieron en los pies de María para ser por siempre su Consuelo, y a Longinos cedieron raseos para que la lanza atravesara el costado y ningún hueso le fuese quebrado al Rey de los Cielos.

Aquel farol que descansaba la tarde del Viernes Santo sobre los muros de Santa Nonia, fue hermoso regalo para aquellas hermanas que aunque por muchos años lo fueron, nunca tuvieron el orgullo de vestir la túnica de sus amores.

Hoy el farol es solo ya un recuerdo y las paponas en León son cientos. Hoy parece lejano el tiempo en que solo podían alargar la mano y estrechar la de los niños que a su vera pasaban. Veinticinco primaveras nos separan de aquello.

Veinticinco abríles para gritar a los cuatro vientos  
Que las hermanas pudieron hacer penitencia cubiertas,  
Prestarle los hombros a Ella,  
Ser por siempre sus braceras,  
Consolarla, limpiarle sus lágrimas,  
Soportar el peso del caballo que porta la lanza,  
Servir de refresco cuando la Soledad no avanza  
Y clamar sin remedio al viento,  
Que son Paponas de derecho,  
Que salen en la procesión,  
Que recorren junto a sus hermanos  
Las calles de la ilustre ciudad de León.



## PAPÓN DE RUAN

Hace ya tiempo que cambió el tergal por el ruan, el cingulo a la cintura por la aspereza del esparto, el capillo bajo el que siempre se ocultó por el espigado capirote que cobija la penitencia de los primeros nazarenos de la ciudad que se rindiera a los pies de Fernando III.

Hace ya tiempo que guarda el armario de su memoria la túnica de tablón que con esmero preparaban, cada Semana Santa, sus tías y su abuela. Ellas siempre preguntaban al llegar el Viernes Santo «¿Este año qué toca?», pues aprisa debían cambiar el emblema morado que prendía de su pecho por aquel otro de color dorado, si los años eran pares, o el del Cáliz y la Minerva, si el almanaque mostraba un número impar.

Hace ya tiempo que la memoria parece que se empeña en colocar todo lo vivido en el rincón de lo añorado. Era casi un chiquillo cuando por primera vez puso sus pies al servicio de La Piedad de María, que en San Martín sufre el dolor de portar entre sus manos el cuerpo fenecido del Hijo de Dios.

Salía entonces la cofradía de la verdadera Cruz de la iglesia de Palat del Rey; obras y hallazgos obligaron a la corporación a buscar el abrigo del Palacio Episcopal, pero ya son muchos los años en que la cofradía que organiza el Santo Entierro de Cristo atraviesa la plaza de los Granos, portando en su emblema corona de realeza.

Mientras vamos descontando estaciones en el viaje de la vida, pasan las primaveras perdiendo avemarías. Ya no hay manos que planchen con mesura los tablonés, ya no hay manos que cosan y descosan terciopelos y cordones. Hace ya tiempo que los hábitos no huelen a incienso sino a pura naftalina.

Llega la primavera impregnada de aromas de recuerdo, de aniversario que revive la emoción de la primera puja, la emoción de sentir el peso de su amor sobre los hombros. Cuarenta lunas del Parasceve de la Pascua, cuarenta años cumplidos bajo las andas de su trono, hacen que este Viernes Santo se abra de nuevo el armario.

Siente ya los mismos nervios que aquella lejana noche, siente de nuevo el ansia de portar a paso lento su imagen, de rozar el terciopelo de su almohadilla, de sentir cerca el aliento de sus eternos compañeros, de añorar a los que por siempre viven en la gloria del cielo.

Viernes Santo único el que de nuevo viviremos. Piedad llena de majestad, marcha fúnebre de recuerdo en una esquina universal, raseos de costero a costero. Santo Entierro de Jesucristo, Amargura en su rostro, Agonía para el descendimiento que precede al sepulcro sagrado donde, entre arquerías y vidrieras catedralicias, reposa el cuerpo sin vida de quien antaño salía a las calles de León tras los cristales de una Urna divina.



*Carantino*

Escolta su cuerpo San Juan, hijo de amor entregado a una Madre que en Soledad va caminando despacio. Virgen Guapa que llaman en el barrio, la que mi abuela contaba cómo siempre guardaba con sus ojos, plagados de consuelo, las lágrimas que al nacer brotaban de los niños que ella ayudaba a ver la luz en casa de los Arriola.

Hace ya algún tiempo que vemos cómo irremediablemente se esfuma el tiempo, pero este Viernes Santo se habrá detenido el reloj, y al cerrar los ojos sentirá como de nuevo planchan con primor la túnica de sus sueños, y prenderán el emblema de La Real en el mismo corazón de antaño y compartirá con sus hermanos la pasión de ser sus pies descalzos.

Recorrerá de nuevo las calles del antiguo León

Portando a hombros La Piedad de su pasión.

Volverá cual niño a sentir la ilusión de prestarle su aliento.

Pues aunque hace ya algún tiempo que cambió el tergal por el ruan,

No olvida el origen de su devoción divina.

No olvida que aquí aprendió a sentir amor por el sacrificio del Señor.

No olvida que al son que marca la horqueta late su corazón.

No olvida que fue, es y será por siempre un papón,

Que cumple su penitencia por las calles estrechas de su querido León.

## CUMPLIENDO PRIMAVERAS

La Semana Santa de León ha ido cumpliendo abriles, dejándose envolver año tras año por los olores de los almendros de esta tierra nuestra, de los ciruelos del Paseo de la Condesa, por los aromas que emanan del incienso que purifica nuestras iglesias. Cuatrocientas cuentas descontadas de la larga sarta que compone la historia de las Cofradías en nuestro León. Cuatrocientas primaveras desgranando devoción. Desde las primeras ordenes servitas, pasando por el Convento de Santo Domingo, hasta el Obispo Almarcha y su primera revolución gremial de la Semana Santa de León.

Desde las parihuelas en las que ocho braceros portaban al Nazareno, hasta el grandioso trono que vino del Soberano para mayor gloria de Dios.

Desde los primeros vestigios de que algo comenzaba a cambiar en las postrimerías de los años ochenta hasta la plena incorporación de la mujer y la consagración de su impronta en nuestra Semana Mayor al dedicar este año a la «Mujer Papona».

Desde los disciplinantes franciscanos de la Veracruz, hasta el Gran Poder de las más joven cofradía leonesa.

Un mismo sentimiento, una misma religiosidad. Pasado, presente y futuro en torno a Jesucristo Nuestro Señor.

Descontando etapas de cambio, el calendario ya nos ha marcado veinticinco. Bodas de plata, mayoría de edad que ha demostrado que lo bien hecho perdura, se consolida y afianza.

El año 1992 no solo impregnó de aires femeninos la Semana Santa, sino que abrió la puerta a numerosos jóvenes inquietos, ávidos de expresar todo aquello que su corazón albergaba.

Nuestro Padre Jesús de la Redención, María del Dulce Nombre, y el Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio auspiciaron nuevos vientos. D. Antonio Trobajo me dijo una vez que mi nombre era pura premonición: “La Aurora es la puerta, es el alba, es el amanecer, como vosotras sois la puerta del cambio, los albores de lo que está por venir”. No se equivocaba, como de costumbre, pues de la mano del Ilmo. y Rvdo. Sr. Obispo D. Antonio Villaplana Molina, en apenas cuatro años vimos la luz el doble de Cofradías de las que hasta entonces existían.

León se cubrió el semblante de negro y se vistió de púrpura para albergar en Santa Marina paponos que traían aires antiguos. Desenclavo de Cristo muerto y lanceado. Mayor Dolor y Desconsuelo, Injurias para quien dio la vida en pos de la salvación. Tres golpes secos resuenan entre los muros del templo. La noche del Jueves Santo oscurece, las carracas retumban mientras los hermanos de la corporación enclavan entre oficios de tinieblas al Salvador. Todo se vuelve negrura y dolor. Muere inexorablemente el Mesías redentor.

Perdón te rogamos cada vez que nuestras manos empuñan el martillo que golpe a golpe atraviesa tus manos. Perdón, ante la puerta, suplicamos cuando dulcemente arrebatan a la Cruz tu cuerpo para devolverte al sueño, confiando en tus palabras y el dolor se torne consuelo.

Es también León, desde hace veinticinco años, testigo del más grande sermón. Aquel a quien seguimos, Aquel ante el que imploramos, Aquel a quien rezamos, predicó solo palabras de amor. Jesús de Nazaret, el Mesías a quien Simón de Cirene ayuda a soportar el peso de la Cruz en su camino hasta el Gólgota; el Mesías que vemos elevar al cielo azul de sus capillos en el pórtico de la Catedral de la más hermosa luz; Jesús, el Galileo, nos enseñó que Yavhé es todo amor. Felices los pobres de espíritu, felices los misericordiosos, felices los limpios de corazón, felices los pacíficos, los perseguidos por justas causas, porque ellos verán a Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Cuando el Padre Carmelo animó a sus feligreses de la parroquia de San Claudio a pasear por León el Evangelio, sabía que regarían las calles con el mensaje de amor más grande que jamás nadie pronunció.

Bienaventuranzas de Jueves Santo, Pasión de Madre, rostro de dolor profundo que acuna entre sus brazos el fruto de sus entrañas. Bienaventuranzas de mañanas resplandecientes que llevan el anuncio del amor bordado en oro en lo más profundo de su corazón.

Otro barrio fue testigo del cambio. Otro barrio quiso dejar su impronta. San Froilán, donde nací, donde crecí, donde aprendí el significado de la Fe. San Froilán de D. Pascual y D. Santiago, de amigos que me enseñaron a creer jugando. San Froilán, que vio que jugando también se hacían grandes los sueños. Santo Sepulcro divino para albergar el misterio. Santo Sepulcro divino, alegoría de fuego, luz y agua para dar paso a la Pascua, y así triunfe la vida y las tinieblas se disipen y cobre fuerza la alegría. Noche de Sábado Santo, «Vigilia Pascual». Fuego que enciende la «Luz de Cristo», lumbre para las iglesias del camino que recorre la corporación en la noche más hermosa de cuantas un cristiano pueda vivir.

Resurrección de Cristo, en el alma fuego que aviva la llama, agua que limpia y purifica, bautismo que ratifica que Cristo ha vencido a la muerte, que triunfa la luz, que llega la Pascua y con ella todo se vuelve vida.

Siguieron los años noventa de la pasada centuria entregando a León nuevas cofradías. Manos de mujer dieron vida en Santa Marina a la corporación de la Agonía. Cae Jesús portando sobre sus hombros el «Patibulum». Viacrucis de nuestras vidas por el que penamos una y otra vez los pecados soportados. Jesús camina hacia el monte de la calavera ayudado por las hermanas de morado que cual Cirineo alivian la carga soportada por el Mesías salvador.

San Isidoro sirvió para dar rienda suelta a nuestra Pasión. Altos capirotos es-pigados, túnica baratillera, de costero a costero, con sones de bulerías saldría a las calles Cristo a punto de resucitar. Tardes de Sábado donde la pasión aún no es pasión. Tiempos casi olvidados donde ya no queda nada de lo que fue aquella primera Pasión.

Jesús Sacramentado, el de D. Antonio Viñayo, el de los turnos en la adoración nocturna, fue cambiando aunque los vientos del sur sigan perdurando en su médula. Viejos sueños de jóvenes deseosos de vivir de otra manera la Semana Santa. Viejos sueños de Richi, de César, de José, de Javi, de Jesús, de Paco, de Eulogio, de Manolo, de mi padre, aunque sigan perdurando vientos del sur en su aroma por siempre grabados.

San Isidoro testifica hoy cómo Jesús será ultrajado, mientras Anás, impasible, interroga ávido de condena. Una Piedad milagrosa que lloró sangre ante Santo Martino. Madre de la Esperanza que derramas sobre tus hijos aliento y sosiego divino.

Tarde de Sábado de Pasión, sones de Victoria, perduran los vientos del sur en lo más profundo de su corazón.

Punto y seguido puso a esta historia la Cofradía que a San Lorenzo llegó para recordar a León que no hay poder más grande que el de Cristo nuestro Señor.

Domingo de Ramos triunfante el que recorre las calles derramando amor. Apóstoles antiguos para escoltar el caminar de la Madre que tras los pasos de su hijo transita. Gran Poder vertido sobre los hermanos de negro y plata que con fervor le acompañan.

Jueves Santo de despedidas. Cáliz de oración vertida. Marías que a la Virgen de los Reyes auxilian, mientras Jesús queda desnudo, con la catedral como testigo, esperando la llegada del sacrificio sufrido.

Es así como la Semana Santa de León ha ido cumpliendo abriles. Uno tras otro han ido floreciendo los almendros. Una primavera tras otra hemos ido encogiendo el alma al ver como las flores de nuestros pasos iban abandonando jarrones para llenar de recuerdo las lápidas de los cementerios. Cumpliendo primaveras, las canas han ido ganando terreno entre nosotros. Ha llegado el momento de ceder el relevo.

Coged fuerzas los que atesoráis juventud, tesón y empeño; llega, pues, vuestro momento. Hicimos aquello que sentimos, dimos rienda suelta a nuestra pasión, cultivamos el amor a Cristo y la devoción a su Santísima Madre, y ahora, os entregamos el testigo de la Fe, como lo hicieran nuestros padres.

Sed valientes, ha llegado vuestro momento.

Sois pues los herederos,

Cuidad lo que con mimo os entregamos,

Pues estáis obligados a entregarlo.

Llega, pues, vuestro momento,

Ahí tenéis nuestra Pasión,

Yo os la entrego.

Mantenedla, cuidadla, enriquecedla.

Ved cómo crece, mejoradla.

Pero tened siempre presente que no es solo vuestra.

Todos sentimos por Cristo la misma pasión,

Todos somos testigos del tiempo.

La Semana Santa con vosotros

Tiene aseguradas nuevas primaveras.

Ahí la tenéis, os la entrego.

Vuestra es la Pasión.

Vuestra es nuestra Pasión.

## DEL MERCADO SEÑORA

Si el recorrido por los sentimientos que dan forma a nuestra Semana Santa comenzó ofreciendo palabras de amor a Cristo Resucitado, de ley es que el colofón este dedicado a quien en León marca el principio de las celebraciones de la Pasión.

La Virgen del Mercado, aglutina todas las devociones de este viejo enclave romano. Le dicen “La Antigua del Camino” sus mozos, los que la cuidan, miman y pasean, cada Viernes de Dolores, por las calles de la costanilla que se extiende entre cercas y plazas de antaño. Mozos sin emblema bordado al pecho; mozos sin túnica de penitencia; mozos sin más etiqueta que la de haber recibido, bajo sus plantas, el sacramento del Bautismo.

De nuevo te pregunto a ti, forastero, si alguna vez fuiste testigo de cómo un pueblo entero se rinde de igual forma ante su Madre para rezarle pidiendo consuelo.

Ven de mi mano, espera paciente en la puerta el momento, para contemplar como cientos de ofrecidas le acompañan en su caminar pausado.

Ven de mi mano, siente el calor que desprenden las velas con que marcan la senda que ha de cruzar.

Ven de mi mano, observa como las abuelas enseñan a sus nietas donde encontrar sosiego a su amargura, donde agradecer el aliento obtenido por aquella que a todos serena.

Cierra los ojos forastero, para mirar solo desde el mar profundo del corazón. Cierra los ojos para poder escuchar en el silencio infinito del alma como rumban las lágrimas por las mejillas de los que con abnegación la portan sobre sus hombros. Cierra los ojos para percibir el roce de sus pies al atravesar la puerta del convento. Cierra los ojos, deja que las entrañas se estremezcan al oír las voces que desde la clausura elevan al viento una oración. Cierra los ojos para descubrir cómo se funde el arrullar del agua que brota de la fuente, con la voz de un pueblo entero que cantando reza la salve.

Así es la Semana Santa de mi ciudad. Así son sus gentes, regias, sobrias, algunos dirán que austeras. Pero como habréis podido comprobar, las gentes que hacen La Semana Santa de León, los papones que dan vida al evangelio pujando por las calles al Hijo de Dios, son, por encima de todo, puro sentimiento. Sentimiento, devoción, sacrificio, fe, compromiso, generosidad, ilusión, tesón en definitiva Pasión.

El próximo sábado, a esta misma hora, la Calle Ancha rezará escuchando como Caridad o Jerusalén escapan de una corneta. Sones de Victoria que traspasan el espíritu al ritmo de un tambor que redobla por bulerías. Y la Virgen de la Esperanza, a hombros de sus braceras, sembrará las correderas de esa esperanza que tanto anhelamos.

La Morenica habrá sido ya el preámbulo de nuestra Semana Santa, esa que en León es más que una semana.

Las Carbajalas vivirán tarde de bullicios y la Divina Gracia reinará sobre sus andas. La Borriquita sueña ansiosa con el momento de cruzar de nuevo las puertas de entrada a esta Jerusalén Legionense, para ser de nuevo umbral de lo que ya ha comenzado.

Colgarán planchadas las túnicas de las puertas. Añorarán en Santa Nonia a D. Enrique, las palmas que en la puerta ya están dispuestas. Y se habrán encargado desayunos para recordar entre sonrisas a los que sin remedio se marcharon.

El próximo sábado a estas horas todo habrá ya comenzado

Leoneses: ¿Estáis todos dispuestos?

Ha llegado la hora, éste es vuestro momento.

Papones, la ciudad os está esperando.

Papones, salid en procesión proclamando el evangelio.

Papones, regad de devoción las calles de León.

Papones, contad al mundo cómo vivimos La Pasión.

Papones ¿estáis dispuestos?

Convertiros en sustento de su desconsuelo,

Transformaros en sus pies,

Ofrecerle los hombros a la Madre de todos los hombres.

Papones ¿estáis dispuestos?

Pasead con devoción

Al Rey de los Cielos.

Papones ¿estáis dispuestos?

León os espera con fervor,

Se acerca sin demora la hora

De convertiros en testigos del tiempo

Papones de León

Con vuestra sangre

A torrentes vertida

Sed de María,

El máspreciado blasón.

Que en vuestros labios

Cobre vida

El hermoso lenguaje del amor.

**¡VIVA LEÓN! ¡VIVA LEÓN!**

**HE DICHO**



### *Pregoneros de la Semana Santa Leonesa*

---

- 1970 – Luis Alonso Luengo.  
1971 – Antonio Briva Miravent.  
1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.  
1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.  
1974 – Ángel González Álvarez.  
1975 – Millán Bravo Lozano.  
1976 – José Anta Jares.  
1977 – José María Suárez González.  
1978 – Fernando Salgado Gómez.  
1979 – Antonio Viñayo González.  
1980 – Alfonso Prieto Prieto.  
1981 – Fernando Sebastián Aguilar.  
1982 – Manuel Núñez Pérez.  
1983 – Juan Morano Masa.  
1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.  
1985 – Lorenzo López Sancho.  
1986 – Fernando Ónega.  
1987 – Eduardo T. Gil del Muro.  
1988 – Gregorio Peces Barba.  
1989 – Jesús Torbado.  
1990 – Jesús María Javier Ortás.  
1991 – Antonio Viñayo González.  
1992 – Arsenio Lope Huerta.  
1993 – Luis Pastrana Giménez.  
1994 – Victoriano Crémer Alonso.  
1995 – Antonio Vilaplana Molina.  
1996 – José Magín González Gullón.  
1997 – Luis del Olmo Marote.  
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.  
1999 – Antonio Trobajo Díaz.  
2000 – Antonio Vilaplana Molina.  
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.  
2002 – Javier Caballero Chica.

- 2003 – Domingo Montero Carrión.  
2004 – Inés Prada Martínez.  
2005 – Felipe Fernández Ramos.  
2006 – Nicolás Miñambres.  
2007 – Bernardo Velado Graña.  
2008 – Máximo Cayón Diéguez.  
2009 – José-Román Flecha Andrés.  
2010 – Jorge Revenga Sánchez.  
2011 – Carlos Amigo Vallejo.  
2012 – Mario Díez-Ordás Berciano.  
2013 – José Manuel del Río Carrasco.  
2014 – Eduardo Álvarez Aller.  
2015 – Jesús Fernández González.  
2016 – Manuel Jáñez Gallego.





AYUNTAMIENTO DE LEÓN

León  
Cuna del  
Parlamentarismo



Junta de  
Castilla y León

León  
un Reino entre Culturas